

¿Afecta realmente la frecuencia de lectura el DESEMPEÑO de los alumnos de licenciatura?

Ruhama Mercado Ortiz, Roberto Carmona y Héctor Reyes Bonilla

Planteamiento

Recurrentemente se comenta que la lectura constituye la llave que permite tener acceso al conocimiento y la educación (Chávez Méndez, 2002). En este sentido, la situación de México es poco halagüeña: Magaña y colaboradores (1995) indican que en nuestro país sólo 2 por ciento de la población tiene el hábito de la lectura. Por esta razón, México ocupó el penúltimo lugar en hábitos de lectura de una lista de 108 naciones, con un promedio de 2.8 libros anuales por habitante, cifra muy alejada de los 25 libros mínimos recomendados por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, 2000).

Otro dato alarmante es el que proporciona el Proyecto PISA (Proyecto para la Evaluación Internacional de los Alumnos), enfocado a evaluar las capacidades lectoras, matemáticas y científicas de jóvenes de 15 años de 32 países. En cuanto a capacidades lectoras, México ocupó el penúltimo lugar (OECD, 2000).

Sería lógico suponer que al hablar de los estudiantes universitarios, las cifras anteriores mejoraran. Sin embargo, un estudio de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) reveló que 70 por ciento de los universitarios mexicanos no dedica el tiempo de lectura suficiente para cubrir los requerimientos mínimos de sus currículos (Valencia y Montes de Oca, 2001), por lo que difícilmente dedicarán tiempo a lecturas extracurriculares.

Partiendo del supuesto de que una baja capacidad lectora debe disminuir la competitividad de los es-

tudiantes, dado que afectará negativamente sus capacidades de análisis, razonamiento y comunicación (Valencia y Montes de Oca, 2001), sería de esperarse que: 1) la frecuencia lectora aumentara a lo largo de los estudios, y 2) que dicha frecuencia presentara una relación directa con el promedio de calificaciones de los alumnos.

En este contexto, nosotros probamos si la frecuencia lectora de material extracurricular de un grupo de estudiantes universitarios se relaciona con: a) el semestre que cursan y, b) su promedio general. Partiendo de que: a) a lo largo de los estudios se esperaba que los alumnos incrementaran su frecuencia lectora (por selección) y de que, b) dadas las ventajas académicas (mejor redacción y capacidad de análisis, entre otras) que proporciona la lectura, también se esperaba que los alumnos con mayor frecuencia lectora tuviesen mejores calificaciones.

La encuesta

Para responder a las preguntas anteriores, en el semestre 2005-I recabamos 114 encuestas, que incluyeron a 10 grupos de siete semestres de la licenciatura en Biología Marina de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Dicha licenciatura se cursa en ocho semestres, y la población estudiantil total en el semestre en cuestión era de 163 alumnos, por lo que tomamos en cuenta información de 70 por ciento del alumnado.

Las preguntas de la encuesta fueron: 1) el número de libros que el alumno lee por año, y 2) el género de



lectura preferida; además, 3) se pidió a los alumnos que mencionaran tres de sus autores favoritos y su obra predilecta.

El cuestionario también solicitó información referente al promedio general y al semestre en el que el alumno estaba inscrito. Cabe mencionar que no se incluyó un apartado para el nombre de los alumnos. Además, antes de que lo respondieran se les aclaró enfáticamente que la encuesta no afectaría a ninguna calificación.

Implementamos una escala ordinal para dividir a los estudiantes según su frecuencia de lectura. Clasificamos como “buenos lectores” a los que leyeron 12 o más libros al año; “lectores medios”, de ocho a 11 libros; “malos lectores”, de dos a siete libros; y “no lectores” al resto. Para que la encuesta fuera tomada como válida, el buen lector debió mencionar al menos dos autores con sus obras respectivas, y el lector medio un autor y una de sus obras. Para las otras dos categorías no aplicó este criterio.

De las 114 encuestas, se eliminaron siete debido a diferentes incongruencias. El resto fue asignado a una categoría de frecuencia de lectura, según los criterios arriba mencionados. A partir de esta clasificación se buscaron relaciones de dicha frecuencia con: 1) el semestre que cursaba el alumno, agrupados en básicos (primero a cuarto) y avanzados (quinto a octavo) y, 2) el promedio general (agrupado en intervalos de 10 puntos).

¿Qué encontramos?

Como se mencionó, eliminamos siete de las encuestas; ello ocurrió, por ejemplo, cuando un alumno que decía leer 20 o más libros por año fue incapaz de mencionar un solo autor, o cuando una persona que también decían leer profusamente mostró total incongruencia entre los autores y su supuesto género favorito (por ejemplo, autor Gabriel García Márquez y géneros preferidos, revistas científicas y ciencia ficción).

De los 107 alumnos considerados, 13 fueron clasificados como buenos lectores (12 por ciento), 12 como lectores medios (11 por ciento), 73 como malos lectores (69 por ciento) y nueve como no lectores (8 por ciento).

Los géneros predilectos de los estudiantes estuvieron distribuidos como sigue: novela, 40 por ciento; ciencia ficción, 25 por ciento; revistas científicas, 17 por ciento; literatura clásica, 10 por ciento, y el restante 8 por ciento incluyó diversos géneros como poesía, libros religiosos y de superación personal.

Respecto a la ubicación en el currículum (semestres básicos o avanzados), en ambos casos predominaron notoriamente los malos lectores, sin relación aparente con el semestre que se cursaba (Figura 1). Algo parecido ocurrió con el promedio de calificaciones general de los estudiantes y su frecuencia de lectura, donde tampoco observamos relación (Figura 2).

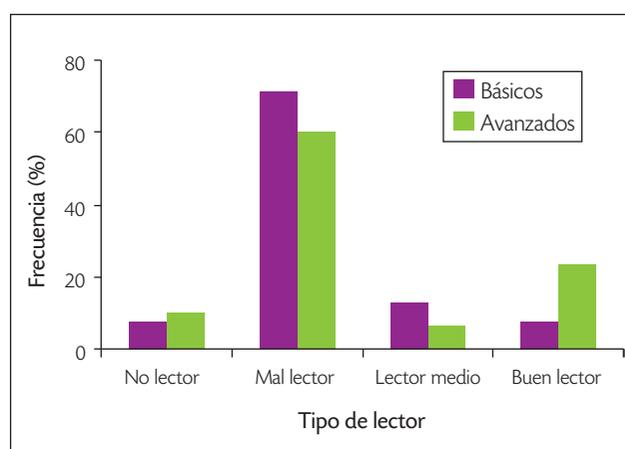


Figura 1. Frecuencia porcentual del tipo de lector con base en la categoría semestral (básicos, primero a cuarto; avanzados, quinto a octavo).

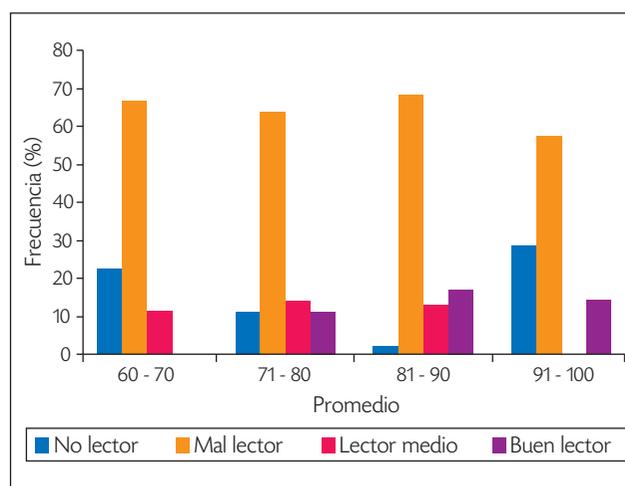


Figura 2. Frecuencia porcentual del promedio de calificaciones con base en el número de libros leídos al año.

Las causas

Se ha discutido el imperativo de que los estudiantes universitarios posean un mínimo de cultura general, dado que ésta les permitirá una visión más amplia y completa de su función en la sociedad. Sin embargo, al menos los estudiantes de la carrera encuestada leen en promedio sólo tres libros al año, lo que concuerda con los datos de UNESCO (2000) para México (2.8 libros anuales por habitante). La cantidad de libros leídos dista mucho de los 25 volúmenes al año que recomienda la citada agencia.

Pese a que, dado el bajo desarrollo del país, inicialmente pareciera injusto compararlo con países desarrollados como Japón o Noruega, que ocupan los primeros lugares a nivel mundial con 47 libros per cápita, es pertinente considerar que la presente encuesta fue dirigida a un grupo social con cierta solvencia económica y con acceso a la información y la cultura. Así, al considerar que las personas entrevistadas debieran representar parte de la élite intelectual del país, resalta aún más su baja frecuencia de lectura.

Por otra parte, 42 por ciento de los estudiantes de la Licenciatura en Biología Marina señaló una preferencia por la ciencia ficción y las revistas científicas. Éste es un reflejo de la formación profesional del sector evaluado, aunque una cifra tan elevada quizá indique cierta tendencia reduccionista en cuanto a las preferencias de lectura (Vakkari, 1991).

La falta de relación entre la frecuencia de lectura y el semestre que se cursa indica que a lo largo de la carrera analizada no se fomenta la lectura de material extracurricular. Existe la posibilidad de que esta relación sea privativa de la licenciatura analizada, y que en otras licenciaturas sí se fomente la lectura. Sin embargo, Garay (2001) concluyó que en general los estudiantes mexicanos leen muy poco, independientemente de su futura profesión. Esto refuerza la idea de que los estudiantes universitarios mexicanos sólo leen el material indispensable para acreditar sus materias (Valencia y Montes de Oca, 2001).

Pero lo más destacable y preocupante es que la frecuencia lectora no parece ser determinante en los resultados escolares inmediatos de los estudiantes universitarios. Es decir, no es necesario ser un lector frecuente para tener un buen promedio. Es indudable que

Es indudable que la baja frecuencia de lectura debe producir ciertas deficiencias en el estudiante, entre ellas bajos niveles ortográficos, de redacción y de capacidad de análisis y síntesis



la baja frecuencia de lectura debe producir ciertas deficiencias en el estudiante, entre ellas bajos niveles ortográficos, de redacción y de capacidad de análisis y síntesis (Valencia y Montes de Oca, 2001), pero sus promedios no reflejan esto.

Posibles razones de la aparente paradoja

La falta de relaciones inicialmente podría reflejar que el desempeño académico de los estudiantes de una carrera científica se fundamenta en el manejo de técnicas y lenguaje especializados, mediante frases telegráficas, las cuales se pueden formular con un uso limitado de la lengua. Sin embargo, una vez concluida la carrera, la habilidad en la escritura del profesionista debe dar frutos, como obtener proyectos y publicar en revistas de su especialidad, momento en el que se requiere un mejor manejo del idioma.

Se ha indicado que las ventajas de un estudiante lector por sobre uno no lector son reales (Valencia y Montes de Oca, 2001). Sin embargo, los resultados presentes no apoyan la idea anterior. Una explicación a esta aparente paradoja es que los maestros no están detectando las diferencias. Existen dos probables razones no excluyentes: 1) el personal académico carece de las herramientas cognitivas para identificar la mala ortografía, la redacción deficiente y, en general, la pobre calidad de los escritos de los estudiantes universitarios, lo cual resulta difícil de creer, o 2) más probablemente los maestros no revisan a conciencia los escritos de los alumnos, con lo que la retroalimentación requerida para que el estudiante mejore la calidad de sus trabajos estaría ausente. Cualquiera de estas opciones es igualmente perjudicial para el proceso de enseñanza-aprendizaje y para la calidad de la educación superior.

Una “razón oculta” que también afecta al segundo razonamiento es que, considerando las presiones oficiales y el puntaje otorgado por impartir clases dentro de los diferentes sistemas de estímulos económicos locales, los profesores se ven inducidos a impartir un



mayor número de asignaturas, lo que obviamente conlleva un menor cuidado en las revisiones de los trabajos de los estudiantes. Es decir, para los sistemas de estímulos no importa la calidad con la que se imparte la clase, sino la cantidad de horas.

Un probable paliativo a esta falta de interés por la lectura es implementar talleres en los que se fomente esta actividad. La dificultad inicial es captar estudiantes para dichos talleres. Una alternativa que creemos podría funcionar es crear el taller como materia optativa (que otorgue créditos) sin requisitos de seriación. A la par, se sugiere realizar, a inicios del semestre, una serie de pláticas grupo a grupo que sensibilice a los estudiantes respecto a los beneficios mediatos e inmediatos de la lectura. Esta alternativa surgió después de una larga plática con un grupo del tercer semestre de la carrera en cuestión.

Por otra parte, es injusto para los libros competir “deslealmente” con otras actividades lúdicas propias de los tiempos actuales, como el Internet, los videojuegos y la televisión, los cuales tienen como característica generalizada entretener con un mínimo de esfuerzo mental. En el mejor de los casos, estos medios de comunicación pueden proveer información al auditorio, pero lo más frecuente es que dicha información sea superficial, y no implique un proceso de reflexión y razonamiento. La información como tal no es sinónimo de la creación de un acervo cultural, igual que juntar ladrillos no es hacer una casa (parafraseando a Marcelino Cerejido). Pese a que es sumamente complicado luchar contra esta tendencia, el taller anteriormente planteado, partiendo de que logre que los estudiantes descubran el aspecto lúdico de la lectura, podría servir también para contrarrestar al menos en parte dicha tendencia.

Otra alternativa que podría ayudar es “aliarse con el enemigo” y aprovechar la presencia de libros en Internet, pues al menos hipotéticamente esta disposición permite que más personas tengan acceso a la lectura. Sin embargo, es indispensable, nuevamente, demostrarle al potencial lector que esta actividad puede ser y de hecho es divertida. Aunque esta “solución” tiene un problema de origen, pues una persona que no tiene acceso económico a un libro impreso difícilmente lo tendrá a una computadora.

El bajo nivel de lectura es originado por múltiples causas, entre las que se encuentran el entorno familiar, el nivel socioeconómico, la calidad de los docentes, el acceso a diferentes oportunidades y los intereses personales (Vakkari, 1991); por ello, plantear una única solución es, como se ha visto, difícil. De hecho, de las causas mencionadas sólo la calidad del profesorado podría ser mejorada institucionalmente; sin embargo, incluso esta acción enfrenta múltiples problemas, entre los que destacan los laborales y los sindicales. La situación anterior puede provocar que los egresados sean profesionistas carentes de una visión holística y por ende con criterios limitados.

Esta breve comunicación no pretende ser un trabajo exhaustivo ni concluyente respecto a la relación de la frecuencia de lectura con factores curriculares. Su objetivo se cumplirá si llama la atención de los lectores respecto a dos grandes problemas interrelacionados: 1) la baja tasa de lectura de los estudiantes universitarios, y 2) la aparente independencia entre dicha tasa y el desempeño de los alumnos. Esto último es lo más preocupante, e indica una necesidad urgente de revisar los métodos evaluativos del personal docente, pues mientras no existan mecanismos que seleccionen positivamente a los alumnos lectores, el cambio deseado será difícil.

Agradecimientos

A Marta Piña por su colaboración en el diseño del instrumento de medición; a los estudiantes de Biología Marina por su cooperación; a Braulio León, Ismael Ortiz y Andrea Cuéllar por su apoyo logístico; a un revisor anónimo por sus acertadas sugerencias, y a los alumnos de la materia de Modelos Estadísticos (2009-I) por su ayuda respecto a la idea para implementar el taller de lectura.

Ruhama Mercado Ortiz recientemente finalizó sus estudios de licenciatura en Biología Marina en la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS). Ha colaborado en diferentes investigaciones con énfasis en la acuicultura y su utilización económica por parte de las comunidades ribereñas; su tesis de licenciatura abordó este tópico.

rumercado@gmail.com

Roberto Carmona realizó estudios de licenciatura en Biología Marina en la Universidad Autónoma de Baja California Sur; de maestría en el Centro Interdisciplinario de Ciencias Marinas del IPN, y de doctorado en la Universidad Autónoma de Baja California. Se desempeña como investigador en la UABCS. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Tiene 23 años como docente y realiza estudios en el área de ecología de aves acuáticas.
beauty@uabcs.mx

Héctor Reyes Bonilla realizó estudios de licenciatura en Biología Marina en la Universidad Autónoma de Baja California Sur; de maestría en el Centro de Investigación Científica y Educación Superior de Ensenada, y de doctorado en la Universidad de Miami. Es investigador nacional. Actualmente se desempeña como investigador en la UABCS. Tiene 20 años de experiencia docente y realiza estudios en el área de ecología de bentos y necton.
hreyes@uabcs.mx

Bibliografía

- Chávez Méndez, M. G. (2002), *Práctica de la lectura en México y el libro como producto cultural*, Colima, México, Red al texto.
- Garay, A. (2001), *Los actores desconocidos: una aproximación al conocimiento de los estudiantes*, México, ANUIES.
- Magaña, P., R. Almeida, C. Carrillo y S. Torres (1995), "Divulgación de la ciencia en los medios escritos en México", en A. M. Cetto y K. Hillerud (comps.), *Publicaciones científicas en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 116-130.
- OECD (2000), *Programme for international student assessment: reading, mathematical and scientific literacy*, París, OECD.
- UNESCO (2000), *World education report*, París, UNESCO.
- Vakkari, P. (1991), "Social structure, book reading and the function of public libraries", en V. Stelmach (comp.), *Studies on research in reading and libraries approaches and results for several countries*, Berlín, K G Saur Verlag, pp. 259-281.
- Valencia, A. y R. Montes de Oca (2001), "La importancia de la lectura y su problemática en el contexto educativo universitario. El caso de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (México)", *Revista iberoamericana de educación* (disponible en: <http://www.rioei.org/deloslectores/632Gutierrez.PDF>).